

LXXXIII.

La última noche.

De los nueve condenados por la corte marcial los siete acusados de guerrilleros ó de estar en inteligencia con las fuerzas liberales fueron encerrados en un mismo calabozo de la Martinica, y Mauricio y el otro, en diferente departamento cada uno.

Nuestro héroe, luego que se quedó solo comenzó á pasarse con agitacion por su calabozo. Pronto iba á morir, pensaba, y nadie lloraria su muerte á excepcion de Ramon. En aquel momento recorria las fases de su agitada vida y tributaba un recuerdo de gratitud al hombre generoso que le abrió el camino de la gloria y que le sirvió de padre en México. D. Márcos Olavarría habia muerto hacia tiempo de una afeccion del hígado, dejando su negociacion á unos sobrinos suyos que aunque llevaban su apellido y tenian su sangre, estaban léjos de poseer tan noble corazon como él. Por primera vez desde la

muerte de su protector se alegraba Mauricio de que ya no existiera el buen D. Márcos.

—Si viviese, decia, ¡qué golpe para él!.....

Antes que D. Márcos, el tio Antonio habia pagado el tributo á la tierra, y aunque era muy vago el recuerdo que de él tenia Mauricio, no habia sentido poco al pobre viejo que le habia recojido á la muerte de su abuelo.

Mas allá no alcanzaba la memoria del pintor; el golpe que recibió en la frente al ser arrebatado por el Zurdo en la iglesia de la Misericordia habia separado como por un abismo inmenso é insondable su niñez y su primera juventud.

Despues de algunos momentos consagrados á esos dos hombres con quienes debia reunirse dentro de poco en otro mundo mejor, ó confundirse con ellos en la nada, porque el pintor no tenia ideas fijas sobre lo que hay mas allá de la muerte, pensó en Luisa.

La blanca imájen de aquella niña que habia brillado como un meteoro en su existencia, apareció á su imaginacion distinta, bella, seductora; le sonreia amorosamente y le señalaba el cielo. El corazon de Mauricio latia con violencia, sus ojos estaban fijos en un lugar donde creia mirar el fantasma de su amada; sus rodillas se doblaron y cayendo sobre ellas murmuró:

—Gracias, Luisa, dentro de algunas horas nos uniremos para siempre.

¿Qué significaba aquella vision? Luisa unida á otro hombre vivia léjos de la capital, entre ella y el marido de María no habia ninguna relacion posible; pero su imájen no se apartaba un punto de la imaginacion del pintor, y el amor que le habia inspirado, extraño como el destino de nuestro héroe, habia crecido y se habia divinizado con la ausencia y con la imposibilidad de la posesion; ese amor daba á Mauricio una facultad

sobrenatural, y lo que podría llamarse un extravío de su imaginación producido por el estado singular en que se hallaba, era acaso la revelación de lo que pasaba lejos de su prisión.

Casi en los momentos en que Mauricio contemplaba de rodillas y extasiado aquella vaporosa imagen, moría la pobre Luisa según hemos podido saber después al averiguar la suerte de los personajes que han figurado en esta historia ¡Quién sabe! acaso hay en esa unión misteriosa de dos almas algo de sobrehumano que no alcanzamos á comprender! acaso el alma de Luisa desprendida de su envoltura mortal venía á esperar la libertad de la de nuestro héroe para unirse con ella eternamente!

Mauricio continuaba de rodillas. Repentinamente los sonidos de una música dulcísima y melodiosa vinieron á herir sus oídos; pensó que era una armonía del cielo y escuchó extasiado.

El ruido que hizo al abrirse la puerta de su prisión le sacó de su éxtasis; volvió al mundo real y levantó los ojos. Un hombre alto y seco se hallaba frente á él. Mauricio se puso en pié.

—¿Que hay?—preguntó disgustado.

—Hermano, es necesario pensar en el alma y purificarla ántes de morir con el santo sacramento de la penitencia.

Mauricio se encojió de hombros, y con un ademán de soberano desprecio señaló la puerta á aquel hombre.

—Hermano—continuó el desconocido—las puertas del infierno se abren para los réprobos.....

—Salga vd.—respondió Mauricio—y que la de este calabozo no vuelva á abrirse para vd. mientras yo me halle aquí.

—Pero hermano.....

Mauricio se acercó á la puerta y llamó.

El sarjento francés encargado de la prisión se acercó.

—¿Qué se ofrece?—dijo.

—Haga vd. salir á ese hombre y que me dejen en paz.

—Si es el cura.....

—No importa, no le he pedido.

El sarjento hizo salir al clérigo, que lanzó á Mauricio una mirada de odio, y el preso volvió á quedar solo.

La música continuaba. Una señora alemana que vivía cerca de la prisión ejecutaba en el piano de una manera soberbia «los Recuerdos de la infancia» de Roberto Schumann, y aquellas melodías dulcísimas y tristes interrumpían el silencio de la noche y llegaban hasta el condenado dilatando su alma con una melancolía encantadora. Mauricio escuchaba absorto y hacia largo rato que la última nota de la tercera melodía de Schumann se había perdido en el espacio y su eco vibraba todavía en el corazón de artista de nuestro héroe.

El recuerdo de María vino luego á distraerle. La influencia que aquella mujer había ejercido en su vida era extraña y tenía algo de fatídico; la manera con que se había unido á ella, la poca armonía que había existido en su matrimonio, y hasta la reacción que el amor operó en el carácter de la pobre muchacha impeliéndola al suicidio, eran para él otros tantos misterios de su raro destino.

En vano trataba de encontrar las causas que le habían condenado á ser el juguete de la suerte; desde la época de su vida cuyos recuerdos conservaba frescos en la memoria, á nadie había hecho mal; mas allá, su infancia se perdía para él en un tenebroso abismo; pero qué podía un niño hacer de tan grave para que la expiación fuese tan terrible? ¿Sería cierto que nacemos condenados á pagar las culpas de nuestros antecesores? Caeríamos entonces en el absurdo del pecado original. ¿Quién prepara las circunstancias de la vida de manera que unos tropiecen á cada paso con un dolor ó un desengaño

y otros con cuanto constituye en el mundo la felicidad? ¿Dios, el destino, la naturaleza? Sea quien fuere, se decia Mauricio, á cuya imaginacion se agolpaban sin órden y confusamente estos pensamientos, sea quien fuere, no es justo, no es equitativo, no puede ser la suma perfeccion, la suprema sabiduría.

La campana del reloj de Catedral que daba magestuosamente las cuatro de la mañana, le interrumpió en sus reflexiones.

—¿A qué cansarme?—murmuró sonriendo amargamente— faltan tres horas para la solucion del problema; ¿que hay mas allá? ¿la nada? ¿el sueño eterno? ¡bendito sea! los únicos momentos de verdadera felicidad que he tenido en la vida son aquellos en que he dormido profundamente sin soñar; ¡oh! así debe ser la muerte, si nó ¿á qué ponerla al fin de la vida como un lugar de descanso despues de un largo y penoso viaje? así como el sueño cierra nuestros párpados y adormece nuestros sentidos despues de un dia de dolores y trabajo, y rendidos por él olvidamos en esa nada de algunas horas en que nos abisma, nuestros sufrimientos de un dia, así en la muerte ahogaremos para siempre las penas de nuestra existencia. Pero el sueño restaura nuestras fuerzas y nos dá nuevo vigor para sufrir las contrariedades de la suerte; es un paréntesis entre un dia y otro dia de penas ó de goces; ¿será la muerte un descanso momentáneo en la eternidad? será un paréntesis entre dos existencias? Comenzar de nuevo á vivir! ¿qué cansancio!

Algo tengo aquí—continuó tocándose la frente y el corazon—que se revela contra esa idea de anonadamiento eterno; algo que ha existido ántes que yo y que existirá probablemente despues; pero ¿tengo yo que ver con ello? Antes de vivir ignoro lo que seria de ese soplo vivificador; cuando duermo profundamente ¿sé acaso en qué rejiones vaga? Lue-

go que las balas de los zuavos rompan los lazos invisibles que nos unen al romper los conductos por donde ahora circula mi sangre con tanto método, haciéndola precipitar de manera que cesen para siempre en mi cuerpo las funciones de la vida, nada tendremos de comun; yo seré conducido al anfiteatro, mi alma.....

Algo como una luz sobrenatural iluminó en aquel momento la frente del pintor; llevó la mano á su corazon que latia fuertemente, sonrió de una manera que nada tenia de humano, y levantando los ojos al cielo, añadió como si hablara con un ser invisible para cualquiera otro que para él, y con un acento de verdad tal que parecia inspirado por una revelacion de lo alto:

—Mi alma..... irá á confundirse con la tuya, ángel mio, mi Luisa encantadora; ¡cuánto se aman las dos!

Mauricio cayó de rodillas, y apoyando los brazos en una silla dejó caer su cabeza entre las manos.

Llenariamos un volúmen si quisiéramos enumerar todos los pensamientos que agitaron á nuestro héroe durante el tiempo que permaneció en aquella postura. En ese momento supremo en que se contempla frente á frente á la muerte, en que, por decirlo así, se cuentan los pasos de ese fantasma aterrador que se acerca para separar á uno de cuanto ama, bulle en la mente un torbellino de ideas; las creencias adquiridas en la infancia y que se confunden con el dulce acento de la mujer que nos dió el ser, el recuerdo de nuestras lecturas filosóficas, las sugerencias de nuestra propia razon, la duda, el temor de lo desconocido, todo se aglomera, se confunde, ofusca la imaginacion como el delirio que produce la fiebre; se pasa sucesivamente y como en alas del vapor por todas las fases religiosas de la sociedad humana, y al fin se detiene la mente como en un oasis encantador, refrigerante, ante la idea de la

nada; á la hora suprema de la muerte el cielo de los católicos no atrae, su infierno dá risa; y los hombres negros encargados de llevar al lecho mortuorio los consuelos de la religion se cuidan mejor que de la tranquilidad moral del paciente, de los intereses mundanos de la Iglesia; esgrimen sus armas aterradoras para las almas débiles, ridículas para los que han sacudido el yugo de las preocupaciones, y se retiran despues con el orgullo del triunfo unas veces, con la conciencia de su ignorancia otras, y algunas tambien, que van siendo ménos raras á medida que la humanidad progresa, con el despecho de haber sido vencidos en su continua lucha á brazo partido con los moribundos, por un ser débil y próximo á ser pasto de los gusanos del sepulcro.

LXXXIV.

La ejecucion.

Serian las siete de la mañana cuando se abrió la puerta de la pieza que servia de prision á Mauricio dando paso á un sub-oficial frances que tocó bruscamente en el hombro á nuestro héroe, y le dijo con imperioso acento:

—¡Vamos! ya es hora.

Mauricio se estremeció. Por mucho que se haya padecido en la vida, por muy preparado que se halle uno á dejar el mundo, el frio glacial de la muerte hiela anticipadamente los miembros del hombre condenado á morir, al llegar el momento de la transicion entre el ser y el no ser. Aquel estremecimiento fué tan instantáneo, que el sub-oficial frances no le notó. El pintor se levantó, limpió con la manga de su levita el polvo que tenia en su vestido y tomando su sombrero dijo con voz firme:

—Cuando vd. guste, estoy listo.

El sub-oficial le miró asombrado; esos franceses que tanta